

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

Resoplidos frente a la Casa Batlló

Vieron los escalones y se detuvieron en seco y él dio un resoplido. Hay 17 escalones. Ni siquiera la certeza de estar a los pies de la Casa Batlló les sacó media sonrisa. El hombre cogió el cochecito del niño por delante. Su mujer lo sostuvo por detrás y, entre los dos, lo levantaron. Son daneses y se acababan de bajar en la estación de metro de Passeig de Gràcia para visitar la Casa Batlló.

Hasta al vestíbulo habían llegado con el ascensor, luego habían subido cuatro escaloncitos –hasta aquí ningún bufido–, pero al doblar a la izquierda ya para salir a la calle la cosa se había puesto peliaguda: habían visto la escalera y dos mujeres bajando con grandes maletas y gruñendo. Yo les había seguido desde el andén y era observadora de piedra de la barrera que tenían enfrente.

Habían resoplado. A media escalera, se habían topado con nueve alemanas en fila que cargaban nueve maletotas y dos señoras francesas, con maletas tamaño *low cost*. Entre el carrito, y el tráfico de maletas, la escalera había empequeñecido y la Casa Batlló había desaparecido, tanto para los que deberían haberla visto en contrapicado –iluminada es una imagen preciosa– como para los que la dejaban atrás.

Los que subían cargados y los que bajaban cargados resoplaban sonoramente. A las señoras francesas y a las chicas alemanas aún les quedaban los cuatro escalones que daban al pasillo, entrar al metro y, por fin, llegar al vestíbulo.

Grafitero desalmado

► Ahí las francesas buscaban dónde estaba la línea amarilla y acababan por preguntarme a mí, que tampoco veía la señal. Decidían ir hacia el andén por las escaleras. No habían visto la señal del ascensor y bajaban, de nuevo, cargando. Ya en el andén las alemanas soplaban. Ayer hacía calor en el metro. Les preguntaba por el viaje del aeropuerto a la ciu-

dad. Acababan de llegar a Barcelona: tren desde el aeropuerto hasta la estación de Passeig de Gràcia. Luego, un camino incierto porque algún grafitero desalmado ha tapado las señales de metro y tren y solo queda la línea amarilla en el suelo y la línea de turistas que van y vienen. Y luego los escalones para bajar, de nuevo, a otra estación.

Me sentaba en el andén y, frente a mí, veía hasta a tres turistas que se apeaban del metro y que tampoco veían que, desde el andén al vestíbulo, hay ascensores. Lo mismo sucedía en el andén en el que estaba. De nuevo, los turistas resoplaban. Preguntaba al dueño de uno de los bares que hay bajo tierra si hay quejas, y el hombre me decía que el proble-

«A la gente que va en silla de ruedas le digo que regrese al metro y baje en Diagonal»

ma son las personas que van en silla de ruedas: «A la gente que va en silla de ruedas yo le digo que regrese al metro y baje en Diagonal».

La de la Casa Batlló, en realidad, es la única entrada que queda abierta para entrar al metro en esa zona de obras y paso continuo de gente. Frente al edificio, el caos es parte de la vida de la esquina: los japoneses immortalizan la casa utilizando hasta trípode; hay a quien le da el síndrome de **Stendhal** y para en seco, está la cola de las entradas, y están los resoplidos sonoros de los que cargan maletas. Los daneses tomaban fotos al edificio de **Gaudí**. Las obras, que estaban proyectadas hasta septiembre, se acabarán, según los últimos informes, a finales de año: habrá cuatro ascensores y escaleras mecánicas. De momento, como siempre, solo hay la solidaridad de los ciudadanos. ≡

cgaya@elperiodico.com



►► Una mujer carga una maleta en el andén de la estación Passeig de Gràcia sin ver el ascensor, ayer.

JUAN PEDRO CHUET-MISSÉ